

Alejandro Vicuña

## La Reina de Sabá (\*)



N alas de la admiración y la curiosidad, móviles potentes del corazón femenino ha cruzado las puertas de Jerusalén la Reina de Sabá, soberana de extensa región de la Arabia, cercana al océano índico, o quizás, señora omnipotente del reino milenario de Etiopía.

Ha escuchado ella múltiples referencias sobre Salomón, el más sabio de los reyes y el más bello de los hijos de los hombres (1) ¿Habría podido alguien despertar mayor interés e inquietud en el corazón de una mujer inteligente?

Talento y varonil belleza, acicates irresistibles del amor y admiración de las mujeres, arrancan a la Reina de Sabá del seno de su pueblo, y la arrojan a los desiertos quemantes o mares procelosos, en busca de ese hombre extraordinario.

---

(\*) Capítulo VIII de la obra «Salomón», que aparecerá pronto.

(1) Salmo 44. La belleza de Salomón aparece descrita en el «Cantar de los Cantares».

Ceremoniosos camellos, cargados de riquísimos presentes (1), acortan lentamente los espacios, en demanda de la ciudad hebrea, mientras el real cortejo, en breves jornadas, para evitar la fatiga de la Reina y sus doncellas, va acercándose también a la residencia de Salomón.

¿Qué conjunto de variados y complejos problemas ha preparado la Reina de Sabá, para someter al criterio del más sabio de los Reyes, y pulsar así su inteligencia y conocimientos?

Seguramente, desde el instante en que resolvió acometer el largo viaje, su imaginación ha procurado sondear los abismos de la existencia humana, su origen y destino, en busca de los más desesperantes enigmas e interrogaciones, que atraviesan los siglos sin solución satisfactoria alguna, para ofrecerlos al mago de la ciencia y la discreción, de quien será pronto huésped.

Luego, adentrándose en la difícil tarea de guiar a los pueblos y labrar su felicidad, pensaría la Reina en los diversos regímenes de gobierno y su inestabilidad, en las revoluciones y guerras, en la caída inevitable de los imperios, y formularía mentalmente preguntas aterradoras, todavía sin respuestas, que torturan aún las inteligencias de estadistas y pensadores.

---

(1) «Traía camellos cargados de aromas, de oro sin cuento y de piedras preciosas. Dió al Rey ciento veinte talentos de oro, y una cantidad muy grande de aromas y de piedras preciosas. Jamás se trajeron después tantos aromas como los obsequiados por la Reina de Sabá al Rey Salomón». (Los Reyes, Lib. III, Cap. X, vs. 2 y 10.

Descendiendo, en seguida, a ese reino más pequeño, pero no menos complicado, el reino del hogar, y verificando la dificultad de los hombres para conseguir en él su felicidad, resolvería la Reina arrancar a Salomón el secreto de tantas ingratas anomalías dentro de la familia humana, y la fórmula para remediarlas.

Los placeres complejos y los sencillos, los espirituales y los materiales, presentados por la Reina de Sabá, desfilarían ante la mente de Salomón para recibir sus calificativos, su lugar jerárquico emocional, y su conveniencia o inconveniencia para los intereses del individuo y el porvenir de la especie.

La holganza y la conversación, preciados bienes en el Oriente, serían sometidos al bisturí salomónico, recibiendo posiblemente del Rey Sabio la consagración, como fuentes inagotables de inspiración artística y progreso mental.

El sueño, el humor y la amistad; la comida, los estimulantes y el vino; el mar, las montañas, las flores y los árboles; los viajes y las fugas de sí mismo; las artes, las letras y la belleza bajo sus múltiples manifestaciones, serían analizados hasta sus últimos matices y consecuencias.

Nada escaparía a la Reina, en su afán de obtener soluciones y tantear el poder mental del monarca hebreo.

Para que la entrevista alcanzara en toda su extensión el carácter oriental, serían ofrecidos al Rey adi-



vinanzas y acertijos, frutospreciados del talento, y piedras de toque para medir el ingenio de los hombres.

Mientras el viento abrasador del desierto azota la caravana real, o durante la placidez de las noches plateadas, abstraída la Reina en los temas de sus meditaciones, rumia incesantemente las materias de su cercana entrevista con el Rey Sabio.

¿Y podría alguien calcular el sentimiento de incertidumbre sobresaltante y deseable, que embarga ese corazón de mujer, ante el próximo encuentro con el más bello de los hijos de los hombres?

### La recepción de Nicaulis (1) o Makeda — tales

(1) Tal nombre asigna Josefo a la Reina de Sabá, y asegura al mismo tiempo que ella gobernaba el Egipto y Etiopía. (Antigüedades Judaicas, Lib. VIII, Cap. II).

Por su parte, las tradiciones etíopes llaman *Makeda* a la ilustre visitante de Salomón, y hacen de ella una de las reinas de Etiopía, ocupando el séptimo lugar entre los monarcas de ese país. La descripción del viaje a Palestina se halla narrada en forma más o menos fantástica en el libro etiópico titulado «Gloria de los Reyes».

Se habla allí de relaciones amorosas entre la Soberana de Etiopía y el Rey de los hebreos, de cuya unión habría nacido más tarde Baina-Hekem.

Aunque la Biblia nada dice de las intimidades entre la Reina de Sabá y Salomón, ellas son perfectamente admisibles y no constituirían un caso extraordinario en la historia. No sería esa Reina la única soberana que se entregara a un Rey, impulsada por la admiración o sus intereses. Más tarde, Thalestris, reina de las Amazonas, y Cleopatra, reina de Egipto, ofrecerían sus encantos respectivamente a Alejandro y a Julio César, con la esperanza de tener un hijo de esos héroes y atraer su benevolencia hacia los pueblos a ellas confiados.

Los falaskas, (emigrados), secta hebrea que vive en Etiopía desde lejanos tiempos, sostienen que la Reina de Sabá tuvo de Salomón un hijo, nacido en Aksem, capital del reino de su madre, al que llamó Menelek,

nombres asigna la tradición a la Reina de Sabá—ocasionó seguramente un despliegue inusitado de la riqueza y fastuosidad de Salomón.

En su doble condición de Reina y de mujer sabia, fué acogida Nicaulis por el Rey, acompañado de los altos dignatarios del Estado y de ese grupo más interesante de pensadores, literatos y artistas, que constituían el orgullo de la corte salomónica.

Posiblemente, fueron descolgados de los muros de palacio los quinientos escudos y rodelas de oro, y confiados a robustos mocetones del ejército hebreo, quie-

---

quien fué enviado más tarde a Jerusalén para recibir allí su educación junto a su padre.

Llegado Menelek a la edad adulta, habrían los judíos obligado a Salomón a alejarlo de Palestina, a fin de evitar perturbaciones políticas.

El Rey habría consentido en ello, según la misma tradición, pero con la condición de que el príncipe etíope volviese a sus Estados en compañía de los primogénitos de las principales familias israelitas; aceptado lo cual, habrían partido Menelek y sus acompañantes, casándose luego estos últimos con mujeres etíopes y siendo los ascendientes de los actuales falaskas.

Más fantástica es aun la relación del viaje de la Reina de Sabá, inserta en el libro sagrado de los musulmanes, el «Korán».

«Un día los ejércitos de Salomón—reza el Korán—compuestos de genios y hombres, se reunieron delante de él, y también las aves, todas ordenadas en grupos separados, Cuando todo el cortejo llegó al valle de las hormigas, una de éstas gritó: ¡Hormigas! entrad a vuestras viviendas; no sea que Salomón y sus ejércitos os aplasten bajo sus plantas sin darse cuenta de ello. Salomón sonrió ante este discurso de la hormiga, y exclamó: Señor, haced que yo sea agradecido a los beneficios con que me has colmado, como lo fueron mis padres; haced que yo practique el bien para agradarte, y concédeme participar de la misericordia con que favoreces a tus fieles servidores.

«Pasó luego en revista al ejército de las aves y dijo: ¿Por qué no veo aquí a la abubilla? (una especie de tordo). ¿Por ventura no ha venido? En verdad, yo voy a castigarla, posiblemente a matarla, si ella no me da una excusa aceptable. Antes de mucho tiempo llegó la abubilla y dijo a Salo-

nes así, fantásticamente hermosos y deslumbrantes, escoltaron a la Reina en sus idas y venidas durante su residencia en Jerusalén.

Los festines y reuniones cortesanas dieron a conocer a la Reina el nivel económico alcanzado por ese pequeño Estado, y la gran estimación en que allí eran tenidas la cortesía y las leyes de la hospitalidad.

¿Y cuál no sería el estupor de Nicaulis, al contemplar ese conjunto arquitectónico de inefable armonía, formado por el Palacio Real y el Palacio del Dios de Israel?

Ceremoniosamente un grupo de sacerdotes acompaña al Rey y a su augusta visitante a través de las sec-

món: He aprendido lo que tú no sabes: yo vengo de Sabá con noticias extraordinarias. Allá encontré a una mujer, que reina sobre los hombres, posee toda suerte de cosas y tiene un gran trono. Ella y su pueblo adoran el Sol como si fuera dios. Satanás ha embellecido sus obras ante sus ojos y los ha apartado del verdadero camino, de suerte que marchan extraviados, sin adorar al Dios que creó un día los secretos del cielo y de la tierra, que conoce lo que ocultáis y manifestáis, a ese Dios fuera del cual no hay otro Dios, y que posee el gran trono,

«—Veremos—replicó Salomón— si es verdad o mentira lo que dices. Toma esta carta y entrégala a esa reina de mi parte, esperarás su respuesta.

«Partió la abubilla, y cumplió su misión.

«La Reina reunió a los grandes de su reino y les dijo: «Señores, acabo de recibir una carta importantísima; es de Salomón, y he aquí su contenido: *En el nombre de Dios, clemente y misericordioso, no os levantéis en mi contra; venid más bien a mí, abandonáos en todo en mano de Dios. Señores,—dijo la Reina—aconsejadme en este asunto: nada haré sin vuestro concurso.*

«Somos fuertes y temibles, replicaron los grandes; pero corresponde a ti impartir las órdenes y considerar lo que debes mandarnos.

«Cuando entran los reyes a una ciudad—dijo la Reina—todo lo arra-



ciones del templo, accesibles a los profanos y no creyentes, quedando la Reina maravillada ante el derroche de maderas, piedras y metales preciosos gastados en la construcción sagrada.

Se ofrece a la ilustre extranjera la oportunidad de presenciar un sacrificio.

Alrededor del altar monumental de bronce, alzado frente al templo, se agrupa una muchedumbre de sacerdotes y levitas. Desde más lejos, reunidos en los atrios inferiores, numerosos creyentes asisten al espectáculo. El sacerdote sacrificador degüella un robusto becerro, aplica el fuego sagrado, y luego sube hacia el cielo una densa y acre humareda. Escúchase el sonido de las trompetas, diestramente tocadas por levitas ali-

---

san, y esclavizan a sus más respetables ciudadanos. Así proceden ellos. Yo enviaré presentes, y veré en seguida lo que me dicen los mensajeros.

«Cuando el enviado de la Reina se presentó ante Salomón, éste le dijo: ¿Vos queréis ayudarme con vuestros tesoros? Lo que Dios me ha dado es superior a lo que os ha dado a vosotros. ¿Y vos os jactais de vuestros tesoros? Volved al pueblo que os envía. Iremos a atacarlo con un ejército irresistible, y lo arrojaremos de su país, envilecido y humillado.

«Salomón dijo a los suyos; ¡Señores! ¿Quién de vosotros me traerá el trono de la Reina, antes que vengan ellos mismos, abandonándose a la voluntad de Dios?

«Yo lo haré—replicó Ifrit, uno de los genios; yo lo traeré antes que te hayas alzado tú de tu asiento. Soy bastante leal y capaz de hacerlo.

«Otro genio, el que poseía la ciencia del Libro, dijo a Salomón: Antes que pestañees, yo lo traeré.

«Al ver Salomón el trono delante de él, dijo: Es una prueba del favor de Dios: El quiere ver si soy agradecido o ingrato. Quien sabe agradecer se beneficia a sí mismo; y sabe Dios desentenderse del ingrato, porque le bastan su riqueza y generosidad.

«Transformad este trono hasta hacerlo inconocible—dice Salomón a los

neados a un costado del altar, y sus notas, ya amplias, ya temerosas, como invocando piedad, se confunden con las plegarias, aclamaciones y gritos de misericordia que escapan de los pechos creyentes. Los acentos apasionados y discretos de las flautas, harpas y liras, mezclados con las voces humanas y el quejido de las trompetas, atestiguan a Jehová la fe, la gratitud y el orgullo de Israel, por haber sido escogido entre los pueblos para guardar el sagrado depósito de la verdad y de las eternas esperanzas y promesas.

Vueltos a palacio, con cuánto entusiasmo muestra el Rey sus tesoros y colecciones curiosas, formadas y cuidadas con esmero sin igual. Cada pieza valiosa tiene una historia, conservada fresca en la memoria del real coleccionista, y narrada luego con gracia sin igual a su visitante. Los nombres de los más célebres fundidores y grabadores fenicios, asirios y egipcios acuden dóciles a los labios salomónicos, mientras explica a su real huésped las excelencias y el origen de sus tesoros y curiosidades artísticas.

---

genios. Veremos si ella marcha por el recto camino o si pertenece al gremio de los extraviados.

Y cuando la Reina se presentó a Salomón, alguien le preguntó: ¿Es este vuestro trono? La Reina replicó: Me parece que es el mismo.

«Le dijo a la Reina: Entrad a este palacio.

«Cuando ella entró, creyó caminar sobre una superficie de agua, y se arremangó los vestidos alrededor de sus piernas.

«Es un palacio con piso de cristal, respondió Salomón.

«Señor—exclamó la Reina—yo había obrado mal al adorar los ídolos; ahora me someto, como Salomón, a la voluntad de Dios, Señor del Universo». (Korán, Cap. XXVII, vs. 17-45).



Una mañana, en su real carro, escoltado por hermosos jinetes, fantásticamente vestidos y montados en caballos tan escogidos como ellos, sale el Rey de Jerusalén, camino de su villa de Ethan. Como de costumbre, va el Monarca ataviado de blanco, y gobernando personalmente alguno de sus soberbios troncos; pero en esa oportunidad, los habitantes de Jerusalén contemplan, de pie, al lado del Rey, participando de las emociones de la veloz carrera, a la Reina de Sabá, que lo acompaña en esa excursión matinal (1).

En las granjas y casas de recreo pertenecientes al Monarca es dable a la Reina contemplar los verjeles, famosos en el Oriente, donde crecían variadas especies, «desde el cedro que está sobre el Líbano hasta el hisopo que brota en las paredes (2), plantas sobre las cuales diserta el Rey con erudición y acabado conocimiento.

El huerto cerrado y la fuente sellada despiertan indecible admiración y placer en el espíritu artista de la Reina, abierto a todas las emociones estéticas.

No menor interés para esa mujer viril, y árabe por añadidura—y por lo tanto, especialmente aficionada a cuanto se relaciona con la raza caballar—encierra la visita de los establos y caballerizas del Rey, colec-

---

(1) Los diarios paseos de Salomón a su villa y el lujoso tren de sus acompañantes se hallan descritos en «Antigüedades Judaicas», de Flavio Josefo. (Lib. VIII, Cap. II).

(2) «Los Reyes», Lib. III, Cap. IV, vs. 33.

ción completa de las variedades de esa especie, formada con amor y subidos gastos gracias al intercambio comercial con Egipto, que envía ganados hacia Siria y Babilonia, a través del territorio salomónico.

Rodeado de su corte de sabios y artistas, o en grata intimidad con la ilustre visitante, resuelve el Rey los problemas y enigmas presentados por la Reina con tal prontitud, claridad y precisión que la princesa queda pasmada de su sabiduría y penetración de los espíritus.

«Y le propuso la Reina todo lo que tenía en su corazón; y Salomón le aclaró todas las cosas que le había propuesto. No hubo cosa que se pudiese encubrir al Rey y a la cual no respondiese. Viendo, pues, la Reina de Sabá la sabiduría de Salomón, la casa que había fabricado, los manjares de su mesa, las habitaciones de sus criados, y las varias clases de los ministros, y sus vestidos, y los coperos, y los holocaustos que ofrecía en la casa del Señor, estaba como fuera de sí».

Y dijo al Rey:

«Verdaderas son las cosas que yo había oído en mi tierra acerca de tus pláticas y de tu sabiduría. Yo no daba crédito a cuanto me contaban, pero, ahora que he venido y lo he visto por mis ojos, me doy cuenta de que mis informantes han quedado cortos. Tu sabiduría y tus obras son superiores a lo que me habían dicho. ¡Dichosas tus gentes y dichosos tus siervos, que

están siempre delante de ti y oyen tu sabiduría! ¡Sea bendito el Señor tu Dios, a quien has complacido, y te ha puesto sobre el trono de Isral, porque el Señor amó siempre a Israel, y te ha establecido Rey, para que hicieras equidad y justicia» (1).

¿A cuántas de sus parábolas o cánticos dió lectura el Rey en presencia de su inteligente huésped y amiga? (2) ¿Cuántos ingeniosos enigmas sometió a su visitante, con miras de probar su agilidad mental, o quizás, para insinuarse hábilmente en el corazón de la Princesa?

—¿Sabes, oh Reina,—interrogó Salomón—cuáles son las cosas más difíciles de descubrir en la naturaleza, no obstante haberse realizado a la vista de varias personas?

Graciosa sonrisa de la augusta contertulia y un gesto negativo de su parte indicaron al Rey que le correspondía a él mismo dar la solución del enigma propuesto.

Con cierto aire de vanidad satisfecha y de esfuerzo mental realizado—debilidades inevitables aún para el más sabio y discreto de los orientales — prosiguió Salomón:

«Descubrid el camino del pájaro que atravesó por el aire, de la culebra que trepó por la roca, del navío

---

(1) «Los Reyes», Lib. III, Cap. X, vs. 2-9.

(2) Salomón fué autor de más de tres mil parábolas y de un millar de cánticos o poesías. (Los Reyes, Lib. III, Cap. IV, vs. 32).



que cruzó por el mar y del hombre que pasó sobre la mujer» (1).

Pestañeó ligeramente la Reina, y permanecieron un momento en actitud meditativa los hombres de la corte, testigos de la entrevista.

Sin dar tiempo para reponerse a la sorpresa, el Rey preguntó nuevamente a la Princesa y sus acompañantes:

—¿Queréis decirme cuatro situaciones o espectáculos insufribles para quienes tienen la desgracia de contemplarlos o participar en ellos?

Y sin esperar la respuesta de sus oyentes, a quienes vió totalmente desconcertados, prosiguió:

«Mirad a un esclavo convertido en rey; a un necio, harto de bebida y comida; a una mujer de mal carácter dentro de su hogar matrimonial y a una doméstica que ha heredado a su señora (2).

Murmullo de aprobación acogió las últimas palabras del soberano, y un comentario rápido y oportuno de la Princesa mereció igualmente los aplausos de la concurrencia.

—¿Puede darse, en efecto—exclamó la Soberana—algo más difícil que mantenerse equilibrada y correcta en la prosperidad repentinamente alcanzada? ¿Y quién será capaz de sufrir a un necio locuaz, tras abundante comida y libaciones, o vivir con una mujer, cuyos modales y duras palabras sólo inspiran odio y repulsión?

(1) «Los Proverbios», Cap. XXX, vs. 19.

(2) «Los Proverbios», Cap. XXX, vs. 22-23.

Silencio expectante indicó al Rey la oportunidad de arriesgar un tercer acertijo o apotegma.

—¿Queréis enunciarme, —les dijo— tres cosas insaciables y una que jamás dice: basta?

—La muerte —acertó a responder uno de los cortesanos— jamás se sacia de hacer víctimas.

—Ni el fuego, en su afán devorador —añadió otro— se siente alguna vez satisfecho.

—¿Y quién vió a la tierra sentirse harta de agua? dijo la Reina.

Ante la ansiedad de los concurrentes, que discurrían afanosamente para descubrir la cuarta cosa insaciable, sonrió picarescamente el Rey, y preguntó:

—¿Quién escuchó alguna vez a la mujer estéril decir *basta* a su varón complaciente? (1).

Carcajada general premió la ingeniosa salida del Rey, y se aprestaron los contertulios a escuchar otro acertijo.

—Y será el último de esta velada — dijo el Rey — ya tendremos oportunidad de volver sobre estos temas en los días siguientes. Por fortuna permanecerá aún algún tiempo la Reina entre nosotros, favoreciéndonos con su presencia y sus gracias.

—Pero, antes de retiraros, quiero someter vuestro ingenio a una prueba postrera.

«Hay cuatro cosas muy pequeñas, y no obstante, más sabias que todos los sabios».

---

(1) «Los Proverbios», Cap. XXX, vs. 16.

Concentráronse breves momentos los circunstantes, y luego volvieron los ojos al Rey en actitud de vencidos.

—«Pues bien,—continuó aquél—tenéis en primer lugar a las hormigas, pueblo débil, que en tiempo de la mies almacena sus provisiones. En seguida, la pequeña liebre, animalillo indefenso, y que no obstante, prepara su lecho en el corazón de la roca. Luego la langosta, que sin tener reyes o capitanes, se lanza al asalto en ordenados escuadrones; y finalmente, la araña, que apoyándose en sus débiles patas, trepa hasta los palacios de los reyes y en ellos fija su morada» (1)

Y se dispusieron los asistentes a abandonar la sala de palacio, de acuerdo con los deseos del augusto señor (2).

Y murmuraron suavemente los tapices y ricas vestiduras, cuando la Reina, acompañada de sus donce-

(1) «Los Proverbios», Cap. XXX, vs. 24-28.

(2) La costumbre de proponer enigmas o adivinanzas ha sido legendaria en los pueblos del Oriente, y aun hoy día, constituye motivo de placer y regocijo durante las conversaciones y reuniones sociales de esas razas. Señal inequívoca de inteligencia privilegiada y de rápido ingenio consideraban los orientales la facilidad para inventar o resolver adivinanzas, ocupándose frecuentemente en los momentos de solaz en tan característica diversión. Los Reyes y príncipes, ansiosos del renombre de ingeniosos, no desdeñaban competir con sus vecinos y amigos en tales justas de talento y perspicacia, enviándose recíprocamente acertijos y soluciones, los que alcanzaban la publicidad e importancia de verdaderos mensajes diplomáticos.

Salomón e Hirám, el Rey fenicio, rivalizaron en estos torneos de penetración y sabiduría, proponiéndose con frecuencia la explicación de abstrusos problemas. Quien no acertaba a encontrar la solución del enigma debía



llas y seguida de los cortesanos hebreos, atravesó las reales estancias, camino de sus departamentos.

—¿Cuál es el secreto de la felicidad de vuestro pueblo?—interroga la Princesa al Rey, mientras contemplan desde el terrado del Palacio la ciudad de Jerusalén, vestida de gala en honor de la augusta visitante.

La tarde ha sido calurosa, y luego de la puesta del sol, las reales majestades, en compañía de algunas doncellas y cortesanos, han subido a las alturas de palacio, en busca del aire reconfortante, que a la hora del ocaso sopla sobre la ciudad.

Muellemente recostados en magníficos divanes, la mirada de los reales amigos se recrea en los celajes del cielo, mientras a pleno pulmón aspiran la frescura saturada del perfume de los huertos de la población, que sube hasta la colina del templo.

Lentamente ascienden hacia el firmamento las densas humaredas de los últimos sacrificios del santuario, y las columnitas más sutiles, procedentes de los incon-

---

pagar a su contrincante gruesas sumas o valiosos regalos convenidos de antemano.

Cuentan los cronistas tirios que en uno de estos certámenes entre Hirám y Salomón, el Rey de Tiro fué vencido y se vió obligado a pagar una buena suma al Rey hebreo; pero que un joven fenicio, llamado Abd-Hammán, que gozaba en la corte de Hirám de justo renombre por la finura de su ingenio, habría acudido en auxilio de su soberano y descifrado el enigma propuesto. A su vez, el joven fenicio habría presentado a Solomón un nuevo acertijo, quien, incapaz de resolverlo, habría pagado a su contrincante elevada suma de dinero.

tables hogares de los hijos de Israel, diseminados en las diversas colinas de la ciudad.

Salomón se incorporó en su diván, y asentando un pie en tierra, avanzó ceremoniosamente hasta el cercano diván de su amiga, a quien ofreció su mano. Juntos caminaron algunos pasos, hasta acercarse a la balaustrada de la terraza, y desde allí, miraron largamente el espléndido panorama.

—¿Preguntáis, oh Reina, cuál es el secreto de la felicidad de mi pueblo?

Y mostrando las humaredas del templo y de las casas de la ciudad, añadió sentenciosamente el Rey:

—Mi pueblo es feliz porque cree y porque come.

Y luego, tras breve silencio, como calculado para que la Reina comprendiese en su pleno alcance la respuesta dada, continuó Salomón:

—Mis mejores esfuerzos se han encaminado a obtener que mi pueblo satisfaga sus justas ansias de espiritualidad, y al mismo tiempo, sus exigencias animales de vivir y reproducirse. Para conseguir lo primero he construído ese templo y prestigiado a la clase sacerdotal; y para lo segundo, me he empeñado en aumentar la riqueza, fomentando el comercio y proporcionando trabajo remunerador a todos los hijos de Israel.

—Para rendir homenaje a Jehová—añadió el Monarca—no debe el Rey preocuparse de averiguar la existencia de la Divinidad en el Cielo: bástale saber

que existe en el corazón de Israel, y que es él su vida y su esperanza.

—La protección del hogar, de acuerdo con la ley, contra los malos hijos, esposas infieles y padres desnaturalizados, constituye la más firme garantía del orden social; y la condenación, no sólo de las malas acciones, sino hasta el pensamiento y deseo de cometerlas, es eficaz preventivo contra cualquier crimen.

—Tan sagrada como la vida humana es la propiedad sobre los medios para mantenerla, y sagrados son también los frutos del propio trabajo.

—En mi pueblo, todos comen y están contentos, sintiéndose seguros bajo un régimen de respeto, igualdad y justicia. Cada cual habita sin temor bajo la higuera o la vid de su huerto (1),

—He aquí—terminó el Rey—el secreto de la felicidad de mis gobernados y el fundamento de nuestra vida colectiva».

Ante el interés creciente de la Princesa por las palabras admirables del Rey, y en la imposibilidad de entrar por el momento en mayores detalles sobre la cuestión, prometió Salomón a su augusta visitante imponerla más tarde de la legislación mosaica, a fin de darle a conocer íntegramente el conjunto de medidas, que aseguraban la moralidad y la justicia en Israel.

Y los días transcurrieron veloces para la Princesa,

---

(1) «Los Reyes, » Lib. III, Cap. IV, vsr. 20-25.



acercándose fatalmente el último de su permanencia en la Corte de Salomón.

Urgida por las necesidades de su reino y obligaciones de su cargo, la Reina de Sabá se dispuso a regresar a sus Estados.

Antes de partir, «Salomón dió a la Reina todo lo que quiso y le pidió, sin contar los presentes que de propia iniciativa le hizo con magnificencia. Ella se volvió y partió para su tierra con sus criados» (1).

Envuelta la caravana real en los torbellinos del desierto, bajo los azotes de un sol abrasador, el alma de la Princesa se mantiene serena, y conceptúa debidamente compensadas las molestias de la travesía con el placer y provecho de haber conocido al más sabio y más bello de los hijos de los hombres. Y su fantasía oriental de mujer apasionada,—si hemos de tomar en serio la leyenda etiópica,—se abstraería largamente en forjar de antemano con los más bellos contornos y colores la imagen tierna y prometedora que en su seno se iba formando, recuerdo vivo, y fruto el más preciado de su visita a la Corte de Salomón.

---

(1) «Los Reyes», Lib. III, Cap. X, vs. 13.